

LA ÚLTIMA ENTREGA

Dicen que el ser humano aprendió a leer las miradas. No sé por qué, pero con el paso del tiempo, puedes deducir más a de una persona por lo que ves en sus ojos que por lo que dicen sus palabras. La peor parte viene cuando, como las palabras, las miradas también mienten. En el proceso evolutivo que nos ha llevado a estar en la cúspide de la pirámide alimenticia no ha conseguido inducirnos en nuestras complejas mentes la idea de que las miradas puedan engañarnos. Quizá era porque nosotras no estábamos en la cúspide. Sin embargo, ella sí lo estaba.

Aquella noche no podía pensar con claridad. El agua de lluvia convertía el suelo en un sucio espejo que reflejaba mi pésimo aspecto mezclado con las luces de la ciudad. Se podía ver mi pelo enmarañado por la humedad y por la larga e interminable jornada de trabajo. El cansancio me asolaba el rostro. Tenía los ojos hinchados y la mirada perdida. No me reconocía en ese reflejo. El olor a tierra mojada había apartado de repente la abundante contaminación de las calles del centro y ayudó a calmarme, a serenarme. A fijar de nuevo mi objetivo: entregar el último pedido. Tenía que dirigirme allí a donde todas las repartidoras van a entregar su último pedido el primer sábado de cada mes, a la gran torre. Se trataba de un alto rascacielos. El más grande. Asomaba por encima de la ciudad como si fuera el mango de un puñal clavado en el planeta Tierra. ¿Que para qué servía? Definitivamente, para todo. Eran tal su tamaño que las ricas y poderosas desarrollaban sus extravagantes vidas en él. Y para eso nos necesitaban a nosotras. Éramos el combustible que permitía seguir girando sus engranajes cuando estos se atascaban por no verse cumplidos sus deseos más inmediatos. Ninguna de nosotras tenía ni idea de lo que transportaba. Era mejor no saberlo.

No les gustaba que las hicieran esperar. Agarré con fuerza el paquete y aceleré el paso. Se rumoreaba que llegar tarde a la entrega de la gran torre se pagaba caro. Algunas decían que no volverías a recibir pedidos. Otras que directamente no podrías trabajar de nuevo en la ciudad. O directamente que un “accidente” te llevaba a no querer trabajar de nuevo. Las poderosas controlan la vida de las indefensas. Así es como funcionaba el mundo.

Llegué al gigantesco rascacielos por la parte trasera. Allí se encontraban esas numerosas y pequeñas puertas. Eran como las numerosas entradas de un hormiguero. En ellas las hormigas obreras no dejan de entrar y salir. Sin descanso. Sin recompensa más allá de arriesgarse para vivir un nuevo día. Estas puertas llevaban directamente al nivel más bajo de la torre, al motor logístico que alimentaba la lujosa vida de sus inquilinas. Como siempre repiten las que viven arriba como otra forma de alimentar su insaciable ego, para subir a cualquiera de las plantas de arriba, hay que entrar por la puerta de abajo. Una metáfora tremendamente engañosa puesto que nuestras puertas nunca daban a ninguna escalera. Me uní con algunas de mis compañeras al llegar a la puerta que ese día nos recibiría. No conocía a ninguna, pero eso no era un problema para no compadecer con ellas. Todas estaban empapadas. Todas estaban cansadas. Estaba segura de que, si miraban su reflejo en el húmedo suelo al igual que yo, tampoco se reconocerían y solo podrían ver la carcasa en el que se han convertido. Al otro lado puertas que aquella vez nos había tocado atravesar, se encontraba una gran sala gris y oscura, impregnada de la poca luz que emitían dos pequeñas lámparas de techo. No tenía ninguna ventana. Al fondo, había una cinta transportadora que atravesaba la pared hacia el corazón del edificio, nada más. Una a una dejamos nuestros paquetes en la cinta. Mi paquete parecía el más

pequeño al juntarlo con el resto. Era el 48 de la fila, ella lo sabía. Ella lo sabía todo. Aquel mundo le pertenecía.

Tras de mí aparecieron más compañeras que, como el caudal de un pequeño río, no paraban de fluir al interior de la sala. No había sido la más rápida, pero por suerte tampoco la más lenta. Eso era una victoria. Pero su sabor no era como debería. Era muy distinto. Tenía un sabor potente y amargo que te obligabas a disfrutar, simplemente porque otras no llegarían a tener siquiera eso. Por dentro nuestra moral se resquebrajaba poco a poco, se hacía añicos. Por otro lado, nuestras entrañas se alegraban de saber que estarían llenas un mes más.

Tras la llegada de las últimas repartidoras y de que estas añadieran sus paquetes a la cinta transportadora, tronaron los altavoces con una voz robótica dentro de la sucia sala. Ya podíamos marcharnos. Nos vigilaban. Sus cámaras apuntaban hacia nosotras. Siempre lo hacían. Ni siquiera sus criadas compartían su espacio con nosotras. No querían ni compartir el mismo aire. Eso en qué nos convertía, ¿en las criadas de las criadas? Para sorpresa de todas, aquella vez los altavoces no pararon ahí. De repente, una voz suave con tono angelical sonó por esos altavoces que tantas veces nos habían chillado. Esa voz dijo un nombre. La cara de todas las repartidoras se estremeció. Nunca nos había pasado aquello, por tanto, no sabían cómo reaccionar. Aun así, de forma natural su mirada reflejaba terror. Sabían que fuera lo que fuera, no podía ser bueno y la empatía solo les podía otorgar preocupación y miedo. El nombre que entonó aquella suave voz, su voz, fue el mío. No dijeron nada más, pero esa voz no pude contestar ni negarle nada y al instante supe qué quería. Mis piernas empezaron a moverse por sí solas acercándose a la cinta transportadora entre temblores. No sabía qué me ponía más nerviosa, si la incertidumbre por lo que fuera a pasarme, o los numerosos pares de ojos que se posaban en mi espalda y no se perdían ninguno de mis movimientos. Como si fuera un paquete más, me subí a la cinta. Estaba fría y pegajosa y desprendía pequeñas virutas negras. Me senté en ella y agarré mis rodillas. No era consciente de lo que estaba haciendo. En ese momento pude observar aquellas miradas. Algunas eran de despedida mezclada con terror. Sabían que no volverían a verme. Había alguna incluso de envidia por algún motivo que no alcanzo a entender. Las más importantes sin duda eran las miradas que me transmitían orgullo y fuerza. Aquellos ojos pretendían decirme que no estaba sola. La cinta comenzó a moverse con un sonido que se repetía en bucle hacia el interior de la pared. Atravesé unos flecos negros igual de pegajosos que la cinta. Tras ellos, una larga oscuridad. 48 fueron los segundos que pasé en penumbra acompañada con el mecánico sonido de la cinta. Al otro lado no me esperaba la gloria como pensaron algunas de mis compañeras. Atravesé de nuevo unos flecos negros hasta llegar a una nueva sala gris, pequeña y oscura. La luz parpadeaba. El aire era rancio y pesado. Allí no se encontraban los paquetes. Seguramente siguieron la cinta hacia una nueva sala, ya que esta volvía a atravesar la pared como en un recorrido infinito. Al fondo, una puerta y una cámara que seguía mis movimientos. Bajé de la cinta torpemente. Las piernas ya no me respondían tras el largo día. Me acerqué a la puerta y esta sea abrió con un sonido hidráulico y pesado como si su objetivo fuera no dejar pasar ni el aire. Al otro estaba ella.

Había bajado de los altos cielos para recibir su paquete. Posó su penetrante mirada en mí. Sus ojos azules transmitían placer y satisfacción. Pero ¿era placer por verme o simplemente estaba impaciente por abrir su regalo como una niña el día de navidad?

Al parecer, yo tenía algo que ella necesitaba y que en el paraíso vertical en el que se encontraba no podía conseguir. Con bonitas palabras y con ternura en los ojos me invitó a pasar a la estancia redonda, iluminada por una luz cálida que rebotaba en las columnas doradas y en los numerosos marcos y espejos metálicos que había por la hermosa y ornamentada habitación. El

suelo era de una moqueta roja, que tras pasos se teñía de un color oscuro y triste al pisar con mis botas sucias y mi ropa mojada. Sus palabras sonaban como una suave melodía en mi cabeza que mandaba órdenes a las cuales, simplemente, no me podía resistir. Me invito tiernamente a que me quitara la ropa mojada. Me pidió después que me dirigiera al centro de la sala. En el centro se encontraba una camilla metálica. Su superficie estaba tan pulida que pude volver a ver mi rostro desencajado y mi pelo harapiento. Pude ver como mis ojos, embobados por la mirada y las palabras de ella, recuperaron su firmeza al contemplar mi sucio reflejo. Mi mirada pasó a reflejar incertidumbre. Sus palabras dejaron de sonar tan dulces y pude leer la maldad a través de esa mirada cariñosa. Me tumbé en la camilla. Quería descubrir qué buscaba de mí con esos ojos engañosos.

Poco a poco me fue contando la situación de forma calmada y pausada. Para ella era solo un trámite más. Quería mi corazón. No era una petición. Al parecer el suyo no funcionaba bien. Al parecer el mío era el único compatible. Al parecer yo no valía nada; y mi corazón lo valía todo. Con una palmada que reverberó en la sala hasta perderse entre los rebotes, mandó entrar a un equipo de cirujanas que empezaron a convertir la habitación en un quirófano improvisado. Mientras, ella me explicaba que su vida era demasiado valiosa como para terminar y que la mía, en cambio, era prescindible. Cualquier mujer podía ser repartidora. Dijo que no era nada personal, lo habría hecho con cualquiera. Es más, me confesó que no era la primera vez que lo hacía. Mi mirada se mostraba impasible ante ella, no mostraba nada. Parece que estaba aprendiendo a engañar con ella. En ese momento las cirujanas colocaron más material al lado de la camilla metálica. Pude verlo gracias a que la luz rebotó hacia mis ojos de aquellos instrumentos metálicos. Ella se acercó para susurrarme al oído. Trató de decirme que no me dolería. Ingenua. Era ella la que iba a estar preocupada de que no le doliera. De la mesa que me pusieron al lado agarré un bisturí con fuerza y se lo clavé en la garganta. De la yugular comenzó a manar un chorro de sangre que me empapó la cara. Comencé a notar su sabor a hierro en la boca. Ese instante en el que la sangre comenzó a bañar mi cuerpo desnudo había sido más agradable que las decenas de kilómetros andados bajo la lluvia. La sangre calentó mi cuerpo y pude tener de nuevo la sensación de victoria. Esta vez su sabor no era amargo pese a tener las papilas gustativas impregnadas de sangre. Esta vez había sido una victoria muy dulce. Tenía que repetirlo. Aparté su pesado cadáver que había caído rendido encima de mí y me incorporé lentamente. Las cirujanas, atónitas, se alejaban poco a poco hacia las puertas por las que habían entrado. Pero estas no se abrieron. Estaba segura de que ellas lo estaban viendo a través de las cámaras. Ellas que vivían en la alta torre sobre los cimientos que las mantenían arriba. No pude verles los ojos para leer su mirada, pero al parecer no querían que lo hiciera. Tenía que destruir esos cimientos.

No sabía cómo lo llevaría a cabo, pero mi mirada no mentiría. En ella solo podrán leer mi rabia, alimentada por el miedo que reflejarán sus ojos al encontrarse con los míos.